Biografía y perfil espiritual del Beato

JUAN MARÍA DE LA CRUZ

P. Ramón Domínguez Fraile, scj
(Postulador General de los Dehonianos)

dehonianos

BEATO JUAN MARÍA DE LA CRUZ
Vivió amando y murió perdonando

I.
VIVIÓ AMANDO Y MURIÓ PERDONANDO

> «Sí, hermanos míos, Jesucristo es Camino, Verdad y Vida. Él mismo lo ha dicho. Y de estos tres títulos, atributos, digámoslo así, que convienen perfectísimamente a Nuestro Señor, pudiéramos llamar síntesis de todos ellos y fuente de todos los dones y beneficios que Jesucristo ha venido a traer a la humanidad: Jesucristo es caridad, o sea, Dios es Caridad, como dijo su amado Apóstol: "Deus charitas est". Sí, amadísimos, Dios es Caridad, Dios es Amor. Ahora bien, siendo el Corazón símbolo del amor, y siendo por otra parte el Corazón de Jesús, templo y trono de la Divinidad, ¿cuál ha de ser, en consecuencia, la fuente infinita de caridad sino el Santísimo Corazón de Jesús? Sí, amadísimos, Dios es Caridad, Jesucristo es Caridad. El Corazón de Jesús es la 'fuente de vida y santidad', como dice la Iglesia, es el manantial infinito, inagotable de caridad. El Corazón de Jesús es el foco o volcán ardentísimo de caridad y amor que ha venido a este mundo a circundar con sus llamas amorosas toda la redondez de la tierra y a encender en todos los corazones de los hombres la dulce llama de la caridad».
>
> (Beato Juan María de la Cruz,
> Plática preparatoria a la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús,
> Puente la Reina, 13 de junio de 1928)

La vida del Beato Juan María de la Cruz podría considerarse un fracaso: fue asesinado por ser sacerdote y a una edad muy temprana. Sólo tenía 44 años. El final de su vida es una sucesión de infortunios y adversidades. En cambio, su existencia, siguiendo las huellas de Cristo, es modelo, que ciertamente puede ser imitado por muchas personas por su comportamiento, animado por una intensa vida de oración personal. Y asimismo, es ejemplo visible del amor a Dios y al prójimo. Es, igualmente, modelo porque vivió una disponibilidad plena hacia la voluntad del Señor, un abandono real, viviendo la ofrenda sacrificial de la propia vida.

El Beato Juan María de la Cruz nos recuerda que nuestra existencia no se fundamenta en la muerte, sino en la vida y, concretamente, en el amor que Dios nos tiene. Por eso, nos recuerda que Dios es Amor, es Caridad. Él encontró en Jesús la fuerza para vivir y la fuerza para dar su vida hasta las últimas consecuencias: derramar su sangre por amor al Corazón de Jesús. Por eso él mismo afirmó:

> «¡Dios sea bendito! Que se haga su divina voluntad en mí y en todo. Me alegro de poder sufrir por él, que tanto sufrió por mí, pobre pecador».

Al entregarse, el Beato imitó a Cristo mismo en su vida y en su muerte; se inspiró en Él; cumplió la voluntad del Padre; se dejó guiar por el Espíritu; no antepuso nada al Reino de Cristo; amó al prójimo hasta derramar su sangre; estuvo dispuesto a darlo todo sin exigir nada a cambio; el Beato, en fin, vivió amando y murió perdonando.

II.
BEATO JUAN MARÍA DE LA CRUZ: VIVIÓ AMANDO

Nacido el 25 de septiembre de 1891 en San Esteban de los Patos (Ávila); y fue bautizado dos días después. En su bautismo, en la iglesia parroquial de San Esteban, se le puso el nombre de Mariano. Recibió el sacramento de la Confirmación el 13 de abril de 1893. Fue el primero de quince hijos y recibió su primera formación cristiana en familia. Pronto sintió la llamada al sacerdocio. Para prepararse a entrar en el seminario, recibió las primeras lecciones de don Olegario, cura de Mingorria, población que está a unos 3 km de San Esteban. Un hermano de Mariano confirmaba:

> «el Siervo de Dios nació y vivió sus primeros años en un ambiente familiar muy piadoso».

Tras su primera formación en letras bajo la dirección del párroco de Mingorria, Mariano fue aceptado como alumno externo en el seminario de Ávila (1903-1907), y se alojó en casa de sus familiares. De 1907 a 1916 asistió a cursos de Filosofía y Teología como alumno interno, con excelentes resultados en todas las disciplinas. Era considerado por todos como un seminarista ejemplar, de gran piedad y compromiso con sus estudios:

> «Era un modelo en todo [...] destacaba en él una profunda humildad, y era un joven de extraordinario talento».

Ya como seminarista sintió la llamada a unir su sacerdocio con la vida religiosa. Hizo su primer intento con los Dominicos (15 de agosto de 1913), pero por razones de salud tuvo que volver al seminario.

El 18 de marzo de 1916 fue ordenado sacerdote. Durante 9 años ejerció su ministerio parroquial con gran celo en las parroquias de Hernansancho y San Juan de la Encinilla. El testimonio de su hermana Juana, que le asistía cuando estaba en estos pueblos de Ávila, es muy elocuente:

> «Pasaba las noches ante el sagrario. Apenas se alimentaba. A primera hora de la mañana ya se le podía ver en el confesionario esperando a que sus feligreses recibieran el Sacramento de la Penitencia. Era tan reservado que, si alguna mujer iba a su despacho a hablar con él, nos pedía a mí o a mi abuela que entráramos en el despacho con él mientras duraba la conversación. Era muy aficionado a la penitencia. Una mañana, mientras ordenaba su habitación, descubrí un cinturón con pinchos ensangrentados. Algunas noches le oí flagelarse. Durante las comidas, sus conversaciones versaban siempre sobre temas espirituales, y el martirio era un tema constante en sus conversaciones».

Después de su paso por otras parroquias, Santo Tomé de Zabarcos y Sotillo de las Palomas, y tras un intento de ingresar en la Orden de los Carmelitas Descalzos, en 1925 obtuvo finalmente el permiso de su obispo para entrar en la Congregación de los

Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús (Dehonianos), conocida a través del Padre Guillermo Zicke. Ese mismo año ingresó en dicha Congregación, tomando el nombre de "Juan María de la Cruz". Terminado el año de noviciado en Novelda (Alicante), el 31 de octubre de 1926, solemnidad de Cristo Rey, hizo su primera profesión en el "espíritu de amor, oblación y reparación" propio de la Congregación dehoniana.

Tras un año de enseñanza de religión en el colegio de Novelda de los PP. Reparadores (como se llamaba la Congregación en España), fue trasladado a la Escuela Apostólica de Puente la Reina (Navarra) como promotor de vocaciones y limosnero. Aquí, durante nueve años (1927-1936), realizó un servicio humilde, muy diferente de sus inclinaciones espirituales. Incluso en este servicio, que a menudo le llevaba fuera de la comunidad, se hizo querer y estimar.

Su gran deseo por la vida contemplativa le llevó a pedir permiso para ingresar en el monasterio de la Orden Trapense de Cóbreces. Permaneció allí poco tiempo. Por motivos de salud, pronto regresó a la Congregación Dehoniana.

En sus continuos viajes como promotor de vocaciones y como limosnero para recoger lo necesario para el sustento de los estudiantes de Puente, el Padre Juan supo hacerse respetar por su comportamiento, por su gran espíritu de oración, por la caridad que le animaba y por el ejercicio de las virtudes. El Padre Ignacio María Belda Pérez, entonces superior de los Dehonianos en España, afirma:

> «El nuevo destino que se le dio al Padre Juan no le hizo perder el fervor; al contrario, aprovechó estas oportunidades para realizar el apostolado, difundiendo la devoción a la Adoración del Santísimo Sacramento, así como la devoción al Amor Misericordioso». Varios testigos recuerdan también lo vivo que estaba en el Padre Juan el deseo del martirio. A la madre de un fraile capuchino, que había sido hecho prisionero por los comunistas en China, le dijo: «Su hijo es un mártir. ¡Oh, que yo tenga el mismo destino de ser perseguido y morir mártir por Cristo!». A medida que la situación en España se volvía más y más amenazante, mostraba su deseo de morir como mártir».

En 1936, los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús obtuvieron el permiso del obispo para abrir su propia comunidad en Garaballa (Cuenca). El Padre Juan viajó en verano a este lugar fresco y tranquilo donde podría restablecer su frágil salud. Su estancia fue efímera; se vio bruscamente interrumpida por los dramáticos acontecimientos del estallido de la guerra civil, que le llevaron a Valencia, lugar de su sacrificio.

El 23 de julio de 1936, al llegar a Valencia, el Padre Juan pasó delante de la Iglesia de los "Santos Juanes" mientras se incendiaba un montón de objetos sagrados. Al ver el fuego en la Iglesia, habló en voz alta para sí mismo y dijo:

> «¡Qué horror! ¡Qué crimen, qué sacrilegio! Al oír estas palabras, alguien le dijo: "Eres un hombre de derechas, eres un "carca". A lo que el Padre Juan respondió: "Soy un sacerdote". Ante esta declaración, fue detenido».

Fue encarcelado en la Cárcel Modelo de Valencia en la cuarta galería. Desde allí el Padre Juan escribió a Mons. Lorenzo José Philippe, segundo superior general de la Congregación, que había sido elegido obispo de Luxemburgo:

> «Estoy en la cárcel desde hace tres semanas, porque he pronunciado algunas frases de protesta por los horrendos destrozos perpetrados en algunas iglesias, quemadas y profanadas. Que Dios le bendiga. Que se haga su divina voluntad en todas las cosas. Me alegro mucho de que se me ofrezca la oportunidad de sufrir algo por Él, que tanto sufrió por mí, pobre pecador».

También escribió al alcalde de Garaballa y le informó de que

> «nada más llegar a Valencia me metieron en la cárcel con otros muchos sacerdotes, religiosos y seglares. Pero, gracias a Dios, estoy tranquilo y resignado a lo que la Divina Providencia disponga de mí».

Sus compañeros de prisión describieron al Padre Juan como una persona tranquila y dispuesta a cumplir la voluntad de Dios, incluso con el sacrificio de su vida. Un abogado, también en la cárcel, informó:

> «Sin duda, el Siervo de Dios, dadas las circunstancias, estaba convencido de que iba a ser asesinado. Aunque estaba en la cárcel, a la hora del recreo, dirigía el rezo del Santo Rosario en voz alta, nos vigilaban los centinelas con sus fusiles; nos insultaban y nos amenazaban de muerte. Se decidió interrumpir los rezos para evitar cualquier provocación. Sin embargo, el Padre Juan seguía rezando solo; le vimos rezar tanto que alguien dijo: "Algún día al Padre Chaquetón lo matarán coma un pájaro"».

Otro testigo informa que:

> «nunca hizo nada, que yo sepa, para recuperar su libertad. Más de una vez me dijo que estaba dispuesto a hacer lo que Dios le pidiera. Un día, al oír que había gritos y voces en su celda, entré y vi que la inspección de la cárcel protestaba por lo que había dibujado en las paredes de su celda con lápiz, pero muy visiblemente: pequeñas cruces espaciadas, que necesitaba para hacer el Vía Crucis. Pidieron llevarlo a la celda de rigor por este motivo pero, gracias a mi intervención, se libró de este castigo [...]. Siempre se comportó como un sacerdote muy digno».

Durante el mes que pasó en prisión (del 23 de julio al 23 de agosto), dio muestras de firmeza y valor. A cada noticia de que uno de sus compañeros de prisión iba a ser asesinado, respondía que estaba dispuesto a cumplir la voluntad de Dios. El pequeño diario que se encontró en un bolsillo de los pantalones del Padre Juan el día de su exhumación —perforado por las balas de un rifle y empapado en su sangre— da testimonio de su compromiso en la cárcel de seguir todos los actos prescritos por la Regla.

Aquello que durante mucho tiempo había declarado como una “bienaventuranza” y una gracia extraordinaria le sucedió la noche del 23 de agosto de 1936. Sacado de su celda al anochecer, el Padre Juan salió alegre y animado, casi saltando de alegría. Fue asesinado la noche del 23 de agosto de 1936 en Silla (Valencia) en la finca “El Sario” al pie de un olivo. Luego fue enterrado en el cementerio de Silla en una fosa común junto a otros asesinados. Algunos lo vieron en el lugar de la muerte y después en el cementerio de Silla, donde fue enterrado:

> «La noche del 23 de agosto del 36, al salir de su celda, llamado por los funcionarios, saltó de alegría. Mi opinión es que el Siervo de Dios adivinó que lo llevaban al martirio. Sé por el secretario del Tribunal y por el médico forense que fue fusilado, junto con otras personas, la noche del 23 de agosto de 1936, en Silla (Valencia) en la finca “El Sario”, al pie de un olivo. Luego fue enterrado en una fosa común en el cementerio de Silla. Posteriormente, en 1940, sus restos fueron exhumados y trasladados a la Escuela Apostólica de Puente la Reina, en Navarra».

Su cuerpo fue exhumado el 28 de marzo de 1940 y trasladado de Silla a Puente la Reina. No fue difícil identificar los restos mortales del Siervo de Dios: sobre su cuerpo se encontraron la cruz de la profesión, el escapulario de la Congregación y una agenda con el horario que llevaba en la cárcel. Los restos mortales del Padre Juan descansan en la Iglesia “El Crucifijo” de Puente la Reina. Es considerado el Protomártir de la Congregación de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús.

El 11 de marzo de 2001, en Roma, el Papa Juan Pablo II beatificó al Padre Juan María de la Cruz junto con 232 mártires. Su memoria se celebra el 22 de septiembre y se le invoca como “patrón de las vocaciones dehonianas”.

III.
PERFIL ESPIRITUAL DEL BEATO: UNA VIDA DE AMOR, INMOLACIÓN Y REPARACIÓN

La vida del Beato Juan María de la Cruz, tal como aparece en su biografía, se nos presenta ya como un testimonio de excelentes virtudes cristianas, religiosas y sacerdotales poco comunes. Ellas van más allá de lo ordinario para dejar una clara impresión de persona extraordinaria en todos los que se acercaban a él. Siempre fue ejemplar y modélico en todo.

La vida del Padre Juan, sobre todo en el último período -cuando los contextos sociopolíticos dejaban entrever la proximidad de la tormenta persecutoria, de la que él también habría sido una víctima heroica- puede decirse, de hecho, que es una creciente ascensión espiritual, en la que aparece con frecuencia el deseo del martirio.

1. *El amor a Dios*

El amor a Dios era el centro de la vida del Padre Juan y se expresaba en su piedad; en el ardor con que defendía el honor y la gloria de Dios; en su celo apostólico sin límites; en su total disponibilidad a la voluntad de Dios y en su abandono en las manos del Padre, hasta el don de su propia vida. El Padre Guillermo Zicke, que fue su superior, atestigua:

> «En cuanto al comportamiento del Siervo de Dios profeso, puedo decir por mi conocimiento personal que su piedad se manifestaba en su extraordinario amor al Santísimo Sacramento y a la Santísima Virgen [...]. Su tema favorito en sus predicaciones e instrucciones era el amor misericordioso del Sagrado Corazón. Acudía a los santuarios de la Virgen, imponiéndose grandes sacrificios».

Este ardiente y valiente amor a Dios y a la Iglesia se pone de manifiesto en su vida pastoral en las parroquias que le fueron encomendadas, durante su misión como promotor de vocaciones y como humilde limosnero de la Escuela Apostólica de Puente la Reina, así como durante su encarcelamiento frente a la Iglesia de los “Santos Juanes”.

2. *El amor a la Eucaristía*

El amor a la Eucaristía y a la Adoración Eucarística han sido apoyo en el camino espiritual del Padre Juan. Amaba tan profundamente la Eucaristía que no le importaba hacer sacrificios para estar cerca del Santísimo Sacramento:

> «Oí decir a la madre del Siervo de Dios —afirma su cuñada— que su hijo era un santo y que incluso en sus juegos infantiles mostraba piedad hacia el Santísimo Sacramento». Su hermana Juana recuerda que «comulgaba a diario, y al no poder hacerlo en mi pueblo por falta de sacerdote, se trasladaba, con evidente sacrificio, a otros pueblos. A veces tenía que viajar por varios pueblos en busca de la

comunión, sin encontrar sacerdotes. También hubo un tiempo en que, yendo de pueblo en pueblo, tenía que volver al nuestro por la noche».

3. *La devoción filial a la Virgen María*

Su otro gran amor fue la Virgen. Su devoción a la Santísima Virgen era extraordinaria. Preparaba las fiestas de la Virgen con sermones llenos de unción:

> «si se celebraba alguna función religiosa y no había predicador, especialmente en las fiestas de la Virgen, a petición del resto de la comunidad, se proponía él mismo. Y ocurría que, incluso sin ninguna preparación, conmovía a los oyentes con su gran admiración. A veces, si alguien le señalaba su facilidad en el púlpito, solía decir que, cuando se ama mucho a la Virgen María, no es necesaria una gran preparación».

4. *El amor a la Cruz*

En el nombre de profesión religiosa que eligió, el Padre Juan quiso unir la aspiración contemplativa y la devoción mariana con un generoso amor a la Cruz. Fue fiel a la práctica del Vía Crucis, la cual le resultaría tan querida que hizo pequeñas cruces incisas en las paredes de su celda en la prisión de Valencia que le permitirían revivir esta devoción a la Santa Cruz en ese lugar de gran sufrimiento y como expectativa de martirio. En ese momento y lugar, quería vivir con fortaleza y serenidad el sacrificio supremo: la donación de su vida, derramando la sangre. Se puede decir que su conducta ejemplar en vida fue una preparación para el martirio:

> «La Cruz es el libro de mi vida».

5. *La caridad con el prójimo*

Del amor a Dios se pasa ineludiblemente a la caridad con el prójimo y a vivir en una profunda humildad:

> «Nunca oí salir de su boca una palabra de crítica. Siempre fue manso y humilde de corazón»; «en todas las ocasiones dio muestras de su gran humildad, llegando a pedir perdón a quienes había reprochado con razón».

La vida del Padre Juan se caracterizó por su caridad pastoral y su disponibilidad, a costa de cualquier sacrificio. Vivió su sacerdocio totalmente entregado a Dios y a sus hermanos. Y, precisamente porque vivió con sentido una vida enteramente consagrada a Dios y al prójimo, dejó un testimonio de plena e ininterrumpida fidelidad:

> «El ya profeso Siervo de Dios –atestigua el Padre Lorenzo Cantó– mostró un extraordinario celo en el cumplimiento de sus deberes y, aunque sentía una especial vocación por la predicación y la dirección de almas, lo sacrificó todo a la obediencia, que lo destinó al oficio de humilde limosnero [...] y favoreció las vocaciones a

nuestro Instituto, de manera que varios miembros de la Congregación deben su vocación al Siervo de Dios».

6. *La virtud de la fortaleza*

La virtud de la fortaleza, que surge de la fidelidad ejemplar y perseverante del Padre Juan en la práctica de las virtudes, le sostuvo en el momento más dura de su vida, cuando se encontró en la cárcel de Valencia. Además de las declaraciones de sus compañeros de prisión, recogidas en su biografía, queda siempre, silencioso y elocuente a la vez, el testimonio de su pequeña agenda manchada de sangre, en la que había trazado el programa diario de un religioso y sacerdote del Sagrado Corazón. Nada detuvo ni atenuó su firme voluntad de ser, siempre y en todo lugar, un verdadero consagrado a Dios y a la Iglesia. Siempre se comportó como un digno sacerdote, capaz de sacar de su gran serenidad y tranquilidad de espíritu, en los durísimos días de prisión, la fuerza para infundir, incluso a los demás, la certeza de su fe y su esperanza cristiana.

7. *La fama de santidad*

Su fama de santidad se deduce del estilo de vida religioso que llevaba. De hecho, diversos testimonios relatan que

«todo el mundo, al enterarse de la muerte del Siervo de Dios, se entristeció profundamente y dijo: “Hemos perdido un sacerdote, pero tenemos un santo”»;

«la opinión general del pueblo es que su muerte fue un verdadero martirio. Sé que en todo el norte de España son muy numerosos los que invocan al Siervo de Dios y se encomiendan a él»;

«la fama o creencia del pueblo, incluso entre las personas de menor piedad o más indiferentes, es que la muerte del Siervo de Dios tuvo el verdadero carácter de martirio. Los que lo conocieron lo consideran un mártir y lo invocan en sus necesidades»;

«Estuve presente en el traslado de los restos del Siervo de Dios a Puente la Reina. Todo el mundo le consideraba, como en vida, un santo».

IV.
EL MARTIRIO DEL BEATO: MURIÓ PERDONANDO

Nadie duda de que la muerte violenta que sufrió el Beato Juan María de la Cruz a manos de los perseguidores de la Iglesia fue un verdadero martirio. Por eso, siguiendo los diversos acontecimientos de su vida y su manera de vivir y seguir a Cristo, es natural recordar las palabras de la segunda constitución del Concilio Vaticano II, Lumen Gentium, número 42:

> «el martirio, en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a Él en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor. Y, si es don concedido a pocos, sin embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia».

1. *El deseo del martirio*

La última etapa de la vida del Padre Juan se desarrolló en un período dramático, que hizo prever una feroz persecución contra la religión, la Iglesia y los que la representaban: sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos. En este contexto, el Padre Juan se mostró especialmente sensible a un celo irreprimible que varias veces brotó como algo significativo de su personalidad. Un celo que pronto se convirtió en él en un "deseo de martirio", como expresión del más alto amor por Cristo y por la Iglesia:

> «¡Oh, que tenga yo la misma suerte de ser perseguido y morir por Cristo!», «¡Feliz el que tenga la suerte de derramar su sangre por Nuestro Señor!».

Su fe y su entusiasmo los infundía a los que se acercaban a él, y los animaba en los grandes peligros que les aguardaban. Vislumbró la tragedia de España en 1936 como una época de mártires. En sus sermones y conversaciones manifestaba a menudo su deseo de martirio. Conversaba del martirio con entusiasmo, presintiendo claramente lo que se avecinaba, y animaba a todos de tal manera que, ya entonces, no se hablaba de otra cosa que de la gloria de los mártires. El Padre Juan estaba movido por el valor de la fe y por la fuerza que le inspiraba su gran celo por la gloria de Dios:

> «¡Bendito sea Dios! Que se haga su divina voluntad en mí y en todo. Me alegro de poder sufrir por Él, que tanto sufrió por mí, pobre pecador».

2. *El fusilamiento: padeció una muerte violenta*

En realidad no hay muchas pruebas ni testimonios sobre el martirio del Padre Juan que nos permitan conocer los últimos momentos de su vida antes de ser asesinado. De los pocos testimonios existentes se desprende que fue asesinado por parte de sus

perseguidores. Las circunstancias son tan claras que excluyen cualquier duda razonable sobre la convicción, que pronto se estableció entre la gente de que "el Padre Juan era un verdadero mártir". Muchos recuerdan que lo ejecutaron porque era bueno y lo consideraron un verdadero mártir, ya que su sacrificio no se debió a otra cosa que a su condición de religioso. Todos los testigos esbozan los rasgos fundamentales de su fe profunda y convencida, su altruismo generoso, su vida ejemplar y austera, unida a un alegre servicio a Dios y al prójimo.

El último testigo que lo vio con vida fue el sacerdote Salvador Hernández, su compañero en la cárcel de Valencia, que declaró:

> «un día, hacia el 23 de agosto de 1936, ya no lo vi. Las "deportaciones" para matar a los prisioneros solían tener lugar por la noche. Tenía el breviario del Siervo de Dios. Él rezaba durante el día y yo lo hacía por la noche. Por eso guardé el breviario, que entregué en la misma cárcel al Padre Lorenzo (Cantó), también religioso reparador, cuando ingresó en la misma prisión algún tiempo después».

La reconstrucción de lo ocurrido la noche del 23 de agosto se basa en los relatos del sepulturero, del médico que reconoció el cadáver y de algunos campesinos. El camión que transportaba a los prisioneros, y entre ellos al Padre Juan, se detuvo en Silla, un pueblo cercano a Valencia, y allí fueron fusilados. Los cuerpos fueron cargados en el camión para llevarlos al cementerio donde fueron enterrados en una fosa común con mucha cal. El Padre Lorenzo Cantó afirma:

> «Al día siguiente de su muerte, según me dijo el secretario del tribunal, su cuerpo fue recogido y enterrado en el cementerio de Silla, en una fosa común con nueve compañeros de martirio».

El 28 de marzo de 1940 el cadáver fue exhumado y el 1 de abril fue trasladado a la Escuela Apostólica de Puente la Reina. La identificación fue fácil, declara el Padre Lorenzo Cantó:

> «Al empezar a cavar la tumba encontré el cráneo y algunos huesos del Siervo de Dios, y por sus ropas, por un puente en la mandíbula superior, por la cruz de profesión que llevaba, con el escapulario que usamos en la Congregación, fue fácil identificar el cadáver del Siervo de Dios. Además, como ya hemos mencionado, encontramos en sus bolsillos un diario del que pudimos comprobar que el horario allí descrito era el mismo que observamos los sacerdotes de la Congregación. Debido a las dificultades planteadas por los familiares de los otros mártires enterrados con él, no pudimos recoger los restos del Siervo de Dios, y lo cubrimos con la misma tierra. Pero posteriormente, habiendo obtenido la oportuna autorización eclesiástica y civil, y provistos de una caja especial, realizamos la exhumación y el traslado de los restos a Puente la Reina, y allí descansan actualmente en la sacristía de la Escuela Apostólica».

3. *Odium fidei: sacrificado porque era un sacerdote*

Durante la segunda república española hubo, sin duda, una verdadera persecución religiosa que se manifestó en las leyes y, con mucha violencia y persecución, en las calles. En Valencia tuvo una particular ferocidad. Muchas víctimas fueron asesinadas por ser católicas. Este hecho es indiscutible y suficiente para probar y testificar a favor del martirio del Padre Juan.

En su caso no hay dudas sobre los motivos de su fusilamiento, ya que él nunca se implicó políticamente, ni pretendió provocar a sus perseguidores. Los que le conocían sabían que el motivo de su muerte fue únicamente porque era sacerdote y no se podía encontrar nada reprobable en su comportamiento.

Por lo tanto, fue eliminado únicamente por la postura antirreligiosa de sus perseguidores hacia el clero y los religiosos en particular. Varios testimonios declaran que la confesión pública de su condición de sacerdote fue la causa de su detención y asesinato:

> «la confesión pública fue la causa de su encarcelamiento. Puedo asegurar que su encarcelamiento y muerte se debieron únicamente a su carácter sacerdotal».

4. *Aceptación de la muerte: prontamente y con gozo*

Desde que era un joven sacerdote, el Padre Juan había pedido la gracia extraordinaria del martirio y se abandonó en las manos de la Divina Providencia. Él nunca excluyó esta posibilidad durante la persecución. Y con esta voluntad interior, sin esconderse, se declaró dispuesto a dar su vida en defensa de la fe. Con una conciencia recta, con la ayuda de la oración y la asistencia asidua a los sacramentos, durante la persecución, siendo consciente de los riesgos, consideró que era su deber hacer todo lo posible para proteger y defender a los perseguidos. Les recomendaba que no se preocuparan por él cuando empezaran a sentir la proximidad del peligro. Respetado por sus enemigos, en el momento que precedió a su asesinato, el Padre Juan manifestó inequívocamente su disposición y aceptación de la muerte en defensa de la fe.

Los testimonios subrayan su voluntad de dar la vida y revelan que no renegó de su fe, aun sabiendo que podría haber salvado su vida. Y cuando los comunistas se enfrentaron a él, se declaró dispuesto a aceptarlo todo con tal de mantenerse firme en su fidelidad a Cristo y a la Iglesia.

Su martirio fue aceptado con espíritu de fe. Los testigos afirman que el Padre Juan se preparaba desde hacía tiempo para un posible martirio:

> «El entusiasmo con el que hablaba del martirio era admirable, previendo claramente lo que se avecinaba, alentando a todos de tal manera que, ya entonces, no se hablaba de otra cosa que de la gloria de los mártires».

Además de los testimonios, tenemos una carta del Padre Juan, escrita en la cárcel, en la que cuenta los motivos concretos de su detención y describe su estado de ánimo. Fue escrita el 10 de agosto de 1936 y estaba dirigida a Mons. Lorenzo Philippe:

> «Estoy en la cárcel desde hace tres semanas, porque he pronunciado algunas frases de protesta por los horrendos destrozos perpetrados en algunas iglesias, quemadas y profanadas. Que Dios le bendiga. Que se haga su divina voluntad en todas las cosas. Me alegro mucho de que se me ofrezca la oportunidad de sufrir algo por Él, que tanto sufrió por mí, pobre pecador».

La actitud y disposición durante el tiempo que pasó en prisión son descritas con profundidad por algunos compañeros con los que vivió sus últimos días:

> «Su comportamiento durante los días de encarcelamiento fue extraordinario, de gran serenidad y tranquilidad de espíritu. Algo que no podría decir de muchos de sus compañeros de prisión. La verdad es que la entrada a la cárcel era impresionante y aterradora».

> «Más de una vez me dijo que estaba dispuesto a lo que Dios le pidiera. Siempre se comportó como un sacerdote muy digno. Si estaba en el patio de recreo y oía sonar las horas, rezaba con quien estuviera allí. Esto lo he visto muchas veces. Otras veces lo vi a él mismo rezando en su celda. Nunca fue grosero con nadie».

5. *Fama de martirio*

Dondequiera que se conocía la noticia de las circunstancias de la muerte del Padre Juan, se formaba inmediatamente la persuasión de que su asesinato “fue un verdadero martirio”. Por eso, esta fama se transformó en devoción y confianza en la intercesión del Padre Juan entre las personas que lo conocían:

> «Sé que hay personas que se encomiendan al Siervo de Dios y dicen que han recibido gracias por su intercesión. He recibido comunicaciones de esto de muchos que vinieron a visitar su tumba».

V.
A MODO DE CONCLUSIÓN:
VIDA ENTREGADA Y OFRECIDA A DIOS Y A LOS HERMANOS

La motivación del asesinato del Padre Juan fue exclusivamente el odio a la fe, como coinciden todos los testigos. Por lo tanto, no hay duda de que la muerte violenta del Padre Juan fue perpetrada porque era un sacerdote y fue aceptada por él de una manera voluntaria y con alegría. Y a la evidencia de estos elementos se añade la fama de santidad, ampliamente documentada entre el pueblo y en nuestra Congregación religiosa. Consciente de la grave persecución contra la Iglesia y, en particular, contra los religiosos y los sacerdotes, como declaran algunos de sus compañeros de prisión, el Padre Juan estalló de alegría ante la noticia de que lo llevaban a fusilar. Él fue asesinado por la fe y marchó a la muerte rezando y perdonando a sus perseguidores. Vivió amando y murió perdonando.

Los testimonios que tenemos sobre el Beato Juan María de la Cruz hablan de una persona honesta y ejemplar, cuyo martirio selló una vida de trabajo, oración y compromiso religioso en su familia, en las parroquias donde trabajó pastoralmente y en nuestra Congregación.

Debemos conservar la memoria de nuestro protomártir. Su testimonio no debe ser olvidado. Es la prueba más elocuente de una vida ofrecida y dedicada a Jesús y a nuestros hermanos; una vida que manifiesta su belleza incluso en medio del sufrimiento. Como Familia Dehoniana, pedimos la intercesión ante Dios del Beato Juan María de la Cruz. Que el ejemplo de su vida cristiana, marcada por las bienaventuranzas, ilumine el camino que estamos llamados a recorrer en este mundo.

ORACIÓN POR LA CANONIZACIÓN
DEL BEATO JUAN MARÍA DE LA CRUZ, mártir

Señor y Padre nuestro, rico en bondad y misericordia,
concédenos por intercesión de tu siervo
el Beato Juan María de la Cruz, scj
imitar su vida generosa
y entrega hasta el extremo en el servicio a las vocaciones
y entre los pobres y sencillos,
siendo siempre testigos de tu amor.
Confiamos a tu Corazón nuestro deseo
de verle glorificado en la Iglesia
y esperamos que, por sus ruegos,
nos otorgues la gracia que te pedimos …
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

dehonianos